





EL CULTO A LOS MUERTOS

LAS IDEAS DE INMORTALIDAD estuvieron ampliamente desarrolladas entre los antiguos mochicas, hasta constituir el eje de su vida espiritual. Así como se forjaron una religión tan llena de belleza y perfección, así mismo sintieron en carne y alma la creencia en un mundo ultraterreno, donde se continuaba la vida después de la muerte natural. Con lógica comprensible, se inquietaron por la vida del más allá, y se preocuparon de ella tanto como de la propia vida mundana, y le dieron mayor importancia por considerarla eterna, de ahí su constante anhelo por dejar en la existencia terrenal un recuerdo de sus buenas acciones, y honrar en todo lo posible a sus deudos que alcanzaban el privilegio de pasar “a mejor vida”.

Son innumerables las pruebas que se encuentran sobre este culto en sus vasos votivos, en sus enterramientos y en sus tradiciones. Tanto atrajo el misterio de la muerte al mochica, que no pudo en ningún momento dejar de expresar tan profundo sentimiento, para lo cual acudió, entre otras formas, a un hondo simbolismo. Así, dentro de sus perfeccionados relieves cerámicos, por ejemplo, se destaca el que aparece en la figura No. 288. Representa una escena simbólica de esqueletos que, elegantemente ataviados, van cogidos de las manos recorriendo los desconocidos campos de la eternidad. En dicho desfile

no sólo marchan los hombres, sino también van los niños asistidos de sus madres, llevando consigo alimentos y bebidas que sus deudos les ofrendaron a su muerte. Siguen también con ellos músicos que con andarillas y tambores iban ejecutando melodías gratas para hacer menos monótono el recorrido. Este hecho simbólico no solamente nos prueba el pensamiento mochica encaminado hacia la inmortalidad, sino la verdadera forja del mundo ignoto. Certeramente aceptaron que, acaecida la muerte, lo único destructible era la carne que desaparecía totalmente, y se mantenía el esqueleto como factor material para ultratumba. Y era este esqueleto el que se escapaba del sepulcro con el alma para continuar su vida en la eternidad. El espíritu mochica se compenetró, además, con la idea de que también se requerían en el otro mundo las mismas comodidades de éste y todo lo necesario para el deleite moral.

Al enterrar a sus muertos, los mochicas no sólo pensaron en preservarlos y procurar su perenne conservación, sino que les rodearon de todo lo que pudiera serles útil en su camino al nuevo mundo, donde ingresaban despojados de su vestidura carnal a continuar otra vida. Y como quiera que se les imaginaba siempre solos, había necesidad de proveerles de todos los alimentos posibles y de los objetos de servicio para que no carecieran de nada, alimentos y objetos que eran renovados periódicamente. Además, en sus tumbas se colocaban los vasos votivos que

Fig. No. 288.- Ceramio que representa danza de culto a los muertos. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (072-006-005)

representaban los rostros de sus jefes, de sus divinidades y de escenas que algo tenían que expresar sobre la vida y costumbres del difunto. Por eso es que cada tumba adquiere, a pesar del rito común, su fisonomía propia, es decir, su personalidad.

La atenta observación que hemos puesto en la descombración de muchas tumbas mochicas nos permite llegar, por otro lado, a conclusiones de interés sobre el rito funerario que se vincula estrechamente con el culto fervoroso de los antepasados. Si bien no se trata de casos generales y definidos, hay ligeras variantes que se derivan de la misma imposibilidad de llevar a cabo el enterramiento con el ceremonial y rito completos. A esto contribuyó poderosamente, desde luego, la diferencia económica de los enterrados, diferencia que se mantiene en el mundo entero y que es la única que, al parecer, simula variar una costumbre, sin mediar en el fondo sino la imposibilidad de cumplirla en toda su extensión.

Las conclusiones a que aludimos son las siguientes:

En todas las tumbas de gente acomodada se ha depositado invariablemente el felínico rostro de Ai Apaec, y el de otra representación religiosa; la representación escultórica o pictográfica de alguna actividad que se relaciona con la vida terrenal del difunto; el rostro o cuerpo de un alto jefe o gobernante; los recipientes para líquidos y los que debían contener los alimentos. El número de éstos es variable, y hay a veces, en una sola tumba, hasta más de cien especímenes, animales de todo género y frutas, alimentos y ofrendas textiles.

La presencia de divinidades acusa el sentimiento que tuvieron de seguir fieles a su espíritu religioso hasta la eternidad; llevaban consigo sus imágenes para venerarlas y adorarlas siempre. Los rostros o cuerpos de sus jefes y gobernantes se depositaban para atestiguar la vinculación de consanguinidad o de servicio que el difunto tuvo durante su vida, y por lo que recomendaba a sus deudos colocarlos en su tumba para hacerle compañía y continuar él sirviéndolos en el otro mundo. La presencia de escenas pictóricas o modelados plásticos de ciertas actividades eran, sin duda, la expresión de la actividad que más desplegó en vida. Los recipientes para líquidos y alimentos le servían al difunto para utilizarlos en los mismos servicios, y su número dependía de la mayor o menor holgura económica de que gozó aquél. Ha habido tumbas en el valle de Santa Catalina que nos han revelado una gran cantidad de ofrendas de esta clase.

Dichos recipientes se presentaban sencillos unos y admirablemente adornados otros: con escenas de cacería, pesca, gobierno y culto, entre otras. Los animales idealizados iban al sarcófago para simbolizar alguna virtud del difunto o el origen de algunos alimentos; los felinos denotaban el valor y la rectitud de carácter; los zorros, la sabiduría y agudeza; los venados, la rapidez de la marcha; las llamas, que se han encontrado a menudo, significaban la ocupación del sujeto como arriero o guardador de ellas, y acaso también para simbolizar su principal fuente alimenticia, que era tan preciada. En fin, cada animal colocado junto con el difunto era una página abierta de su vida. Las frutas formaban parte de la ofrenda alimenticia del difunto, y su presencia en la tumba revelaba cierta particular predilección. Los alimentos y ofrendas textiles servían para el mismo fin de cubrir las necesidades del difunto en la vida ultraterrena: los primeros, para mantener su fortaleza y el temple preciso para no permitir desfallecimientos en el largo camino que emprendían, y las ofrendas textiles, para cubrir su cuerpo quizá de inclemencias más duras que las que se ciernen sobre el mundo.

La presencia frecuente de restos de carne de llama en todos los cementerios mochicas nos pone en claro lo exquisita que dicha vianda fue para el paladar de este pueblo y la preferencia con que se la preparaban para ofrendarla en presente póstumo. Las viandas, como ya dijimos, eran renovadas periódicamente para que el difunto tuviera perennemente el sustento que sus familiares quedaban comprometidos a proporcionarle. Las bebidas eran también ofrendas de primer orden, y huelga decir que la chicha fue la predilecta en estos casos.

En cambio, es muy difícil precisar hasta este momento la razón por la que los antiguos mochicas colocaban vasos pornográficos dentro de sus tumbas, hallazgos que nos sorprendieron mucho al encontrarlos no sólo en las tumbas de adultos, sino también en las de niños y adolescentes. ¿Qué persiguieron con esto? Por otro lado, los vasos pornográficos los hemos encontrado desde que se inician los primeros estilos mochicas y con más frecuencia en los períodos de refinamiento. Luego, ¿fueron colocados acaso estos vasos a fin de que el extinto tuviera esos deleites prohibidos en la otra vida? ¿Tenían entonces estos vasos alguna relación con la fecundidad del mundo? Esto último sería inaceptable, ya que los encontramos no sólo con las escenas del coito

natural, sino con las obscenidades más depravadas (onanismo, sodomía y demás), lo que causa nuestro asombro, más aún cuando lo comprobamos en las tumbas de niños. El hecho es que no podemos todavía pronunciarnos sobre el particular.

En el valle de Chicama, al costado de la pampa del mismo nombre y en los lugares cercanos a Guañape y Quemazón, hemos encontrado una original modalidad de enterramiento mochica, tendiente a la frecuente renovación de sus ofrendas alimenticias. El cadáver era enterrado directamente en la arena. En la boca se le colocaba un cántaro sin fondo que sobresalía al exterior con el gollete, y sobre su abertura se colocaban dos piedras cuyas caras inclinadas tendían a converger en la boca del cántaro. Este contacto directo que se establecía entre el cadáver y la intemperie se debía, con toda seguridad, al fin de renovar los alimentos y bebidas de ofrenda en tiempos establecidos por su rito. En otras ocasiones, dicho cántaro fue reemplazado con una caña hueca que, en muchos casos, sobresalía algunos metros de su base.

Algunos extintos no solamente se acompañaron de los elementos ofrendados ya mencionados, sino que fueron sepultados con magníficos atavíos y rodeados de todas sus alhajas.

Tanto las creencias como las costumbres han prevalecido por la tradición. No se han modificado en

grado substancial ni menos han sido sustituidas totalmente. El indígena de hoy todavía está prendido de la creencia ancestral, y tiene forjado en su mente un mundo de alegría para sus deudos que fueron buenos en vida terrenal, y un mundo de desgracias y dolores para los que no supieron practicar el bien. En cuanto a lo que hoy lleva a la fosa, son sus atavíos y presentes más nuevos y preferidos; y, junto a él, depositan siempre sus platos de alimentos predilectos, platos que se renuevan cada año en el día de Todos los Santos, establecido por la religión católica. Las prácticas y ceremonias que el indígena de hoy hace para honrar a sus deudos siguen siendo las mismas. Cuanto de afectivo se vislumbró en el antepasado, descubrimos en el presente a través de las interesantes escenas de la historia mochica, sin dejar de encontrarlas reflejadas fielmente en las culturas sucesivas.

El culto a los muertos, con todo el acervo de sus ofrendas votivas, ha permitido la mejor hilación histórica de nuestras antiguas civilizaciones. En los cementerios se han encontrado los datos suficientes para hacerla, porque la mentalidad del mochica asoció con ejemplar raciocinio la vida a la muerte y dejó un sello indeleble de su provechosa existencia en sus cementerios, que seguirán revelando día a día todos los demás notables adelantos que conquistaron y que todavía no han sido desentrañados.

